

Este ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna surgió de una conferencia pronunciada por su autor el primero de julio de 1999, ante la Academia Bávara de las Bellas Artes (Múnich). Traducido al castellano por Germán Cano y publicado por primera vez en esta lengua por la Editorial Pre-textos de Valencia (2002), se ofrece aquí a los lectores la parte final (V) del texto original. El profesor Sloterdijk (Karlsruhe, 1947) procede de una familia judía que emigró de Alemania a Venezuela cuando se produjo el ascenso nazi, retornando posteriormente para adelantar sus estudios universitarios. Actualmente es rector de la *Hochschule für Gestaltung*. Bien conocido en España, donde participó en el seminario sobre “La deshumanización del mundo”, organizado por la Universidad Internacional de Andalucía durante el mes de mayo de 2003, fue actor principal de una ruidosa polémica que sostuvo –durante los meses de septiembre y octubre de 1999– con Jürgen Habermas y Ernest Tugendhal en defensa de su provocadora conferencia titulada “Normas para el parque humano”, pronunciada en las Jornadas del castillo de Elmau sobre el pensamiento de Heidegger y Lévinas (julio de 1999). Sus libros más conocidos por los lectores latinoamericanos son la *Crítica de la razón cínica* (1983) y *Esfemas* (1998). En septiembre de 2005 fue registrado por las revistas *The Prospect* y *Foreign Policy* como uno de los cien intelectuales públicos de mayor influencia en la opinión mundial de nuestros días.

46

Es una venganza de la historia en nosotros, los igualitaristas, que también tengamos que vérnoslas con la obligación de distinguir. Un aprendizaje obligado que no puede mantenerse al margen de la lección político-antropológica de los hombres modernos; esto es, la de vivir su desigualdad de un modo diferente. Tras la revolución constructivista, todas las distinciones que eran objeto de descubrimiento han de ser transformadas en distinciones fabricadas. Las viejas distinciones, a las que uno antes se sometía, retroceden ante el avance de las nuevas que uno mismo produce, y que revisan a las primeras con tanta frecuencia como es posible.

El proyecto de desarrollar la masa como sujeto alcanza su estadio crítico tan

pronto como sus reglas ponen de manifiesto que todas las distinciones han de ser ejecutadas como distinciones de la masa. Resulta evidente que la masa no va a realizar o dar como válidas distinciones que puedan hacerla caer en desventaja. Una vez que se arroga la completa potestad de hacer diferencias, las hace siempre y sin ambages a su favor. De ahí que excluya todo vocabulario o criterio cuyo uso deje traslucir sus posibles limitaciones; deslegitima así todos los juegos lingüísticos en los que no obtiene alguna ventaja. Rompe en pedazos todos los espejos que no aseguren que ella es la más bella del reino. Su situación normal es la de un continuo plebiscito encaminado a prolongar la huelga general contra toda arrogación superior. En este sentido puede afirmarse que el proyecto de la cultura de masas es –de un modo radicalmente

Peter Sloterdijk



antinietscheano– nietscheano: su máxima no es otra que la transmutación de todos los valores como transformación de toda diferencia vertical en diferencia horizontal.

Ahora bien, dado que todas las distinciones son concebidas sobre la base de la igualdad, a la luz, por tanto, de un estado de indistinción determinado de antemano, sobre todas las distinciones modernas se cierne, en mayor o menor medida, la acuciante amenaza de la indiferencia. El culto a la diferencia, imperante en la sociedad moderna actual, tal como se ha extendido del marco de la moda a la filosofía, tiene su razón de ser en que percibimos que todas las diferencias horizontales tienen derecho en tanto constituyen diferencias débiles, provisionales y construidas. Llamando poderosamente la atención, ellas salen a la luz haciendo ruido, como si ahora también para las distinciones rigiera la ley de supervivencia de los más aptos. Pero todas estas maniobras no tienen en realidad ninguna consecuencia: todos estos magníficos diseñadores y pensadores de la diferencia en ningún momento se arriesgan a hacer una distinción, abogan más bien por una patética indistinción; dicho de otro modo, por ese axioma igualitario que pretende que toda distinción procede de la masa, la cual, por su parte –en la medida en que ella está compuesta de partículas homogéneas que supuestamente se toman el mismo esfuerzo a la hora de nacer–, constituye *per definitionem* una masa indistinta. Desde este ángulo de visión, el principio de identidad sobre el que se asentaba toda la filosofía clásica sigue existiendo de manera indiscutible, incluso consiguiendo más autoridad que toda instancia de validez: tan sólo ha cambiado su nombre y toma partido por una dimensión más secundaria, más negativa y reflexiva. Donde antes había identidad, ahora debe existir indiferencia y se expresa en realidad la indiferencia diferente. La diferencia que no hace distinciones, he aquí el título lógico que define a la masa. A partir de ahora identidad e indiferencia se entienden necesariamente como sinónimos.

De nuevo, a la luz de las premisas aquí analizadas, ser masa significa distinguirse sin hacer distinción alguna. La indiferencia diferenciada es, así pues, el misterio formal de la masa y de su cultura, la cual organiza una zona media de alcance total. De ahí que su jerga no pueda ser otra que la propia de un individualismo aplanado. Cuando estamos seguros de que todo lo que hacemos para ser diferentes en realidad carece de sentido, podemos hacer lo que se nos antoja. “Hoy en día, la cultura marca todo con el signo de la semejanza”¹. Sólo por esto en el transcurso del pasado medio siglo hemos pasado de ser una masa densa o molar a una abigarrada y molecular. La masa abigarrada es la que sabe hasta dónde se puede llegar... hasta el umbral de la distinción vertical. Puesto que al encontrarnos en un marco igualitario no estamos provocándonos unos a otros en términos objetivos, somos espectadores recíprocos de nuestras tentativas de hacernos interesantes, más o menos divertidos o despreciables. La cultura de masas presupone el fracaso de todo intento de hacer de uno alguien interesante, lo que significa hacer mejor que los otros. Y esto lo hace de manera legítima, habida cuenta de que su dogma determina que sólo nos podemos distinguir de los demás bajo la condición de que nuestros modos de distinguirnos no supongan ninguna distinción real. Masa obliga.

Un simple recuerdo pone de manifiesto por qué la Modernidad aboga por la indiferencia: si la fuente de nuestras diferencias remitiera a una dimensión trascendente, nos veríamos por tanto distinguidos de un modo objetivo y normativo gracias a la mediación de un Dios o Naturaleza; entonces, nuestras diferencias serían instauradas delante nuestro, de modo que sólo las pudiéramos encontrar, respetar, elaborar y ensalzar. Sólo los satanistas se han rebelado desde siempre contra el orden objetivo de la esencia y de la jerarquía cosmológica. Esta manera de pensar imperaba en la Edad Media y siguió dominando de

manera casi evidente en la época del clasicismo burgués. La sociedad estamental precisaba de ventajas ontológicas para sus jerarquías y delimitaciones. Hoy, sin embargo, después de la gran marcha hacia la igualdad y de la nueva plasticidad inherente a todas las cosas, pretendemos y debemos estar ahí presentes, delante de nuestras diferencias, en la medida en que éstas por regla general se hacen, ya no se encuentran. Esa prioridad de nuestra existencia respecto a nuestros atributos y obras pone en marcha la indiferencia como primer y único principio de la masa.

Mas allí donde la masa y su principio de indiferencia constituyen el punto de partida, se bloquea la moderna aspiración al reconocimiento de uno mismo, ya que bajo estas condiciones el reconocimiento ha dejado de identificarse con un respeto superior o con la dignidad, para convertirse –carecemos de una expresión adecuada en nuestra lengua– en un respeto profundo o igualitario en el marco de un espacio neutral, en una justa concesión a una insignificancia que a nadie se cuestiona. Ahora bien, por mucho que se evite aceptar, en la medida de lo posible, la idea de que el respeto a los iguales y el respeto superior son ideas excluyentes, las evidencias que están en el aire hablan por sí mismas: la lucha general por el reconocimiento o siquiera sólo por los lugares ventajosos genera la estéril petición de un soberano banal, incapaz de conceder algún reconocimiento que vaya más lejos de un casual aplauso –esto es, una opinión pública inconcreta denominada “la generalidad” y de la que nosotros sabemos ahora que se concibe como el pleno imaginario de los indistintos–. Quien logra éxito ante este foro no puede ya estar seguro de si su éxito, valorado según la escala de las antiguas ideas de respeto superior, no es más despreciable de lo que podría llegar a serlo cualquier fracaso. En esta tesitura, el papel conformista desempeñado por la crítica es desesperante. Tristemente circunscrita a su propio espacio de acción, considera confor-

me a la masa bueno o muy bueno todo aquello que no obtiene éxitos singulares en el intento de distinguirse con provecho. Mientras tanto, con instinto certero, aísla a lo realmente singular y dicta su juicio con altanería o, mejor dicho, con una bajeza cortante, puesto que se impone como meta acceder a lo superior desde abajo.

Comprendemos cómo esto no puede ser de otro modo una vez que paramos mientes en las condiciones anteriormente expuestas. Después de la muerte de Dios y del desenmascaramiento de la naturaleza como construcción, caen las únicas y posibles instancias que habrían podido generar las excepciones válidas. Las excepciones de Dios se revelan como casos relativos a la gracia; las excepciones de la naturaleza, como monstruos o genios. Quien pretenda hacer el intempestivo esfuerzo de hojear los tratados doctorales de la época sobre la gracia, vería corroborado el descubrimiento de que los discursos medievales en torno a los carismas y las excepciones de la gracia divina representan el más amplio y consolidado sistema ja-

La cultura de masas presupone el fracaso de todo intento de hacer de uno alguien interesante, lo que significa hacer mejor que los otros. Y esto lo hace de manera legítima, habida cuenta de que su dogma determina que sólo nos podemos distinguir de los demás bajo la condición de que nuestros modos de distinguirnos no supongan ninguna distinción real.

Masa obliga.

más imaginado para reflejar diferencias de profundidad enigmática entre hombres a causa de razones trascendentes. Las acciones de gracia eran las leyes excepcionales de un Dios que no sólo gobernaba, sino también dominaba hasta el más mínimo detalle. En

razón de estas leyes podían esclarecerse posibles diferencias entre los hombres –tanto las superables como las ineluctables– dentro de un marco de significado superior, aunque más oscuro, que servía para soportar la realidad. Pese a que todos los seres, en su calidad de criaturas, representan una unidad bajo Dios y aparecen, desde ese punto de vista, como iguales, los héroes sagrados desbrozaron el camino de un sistema impenetrable compuesto de excepciones organizadas por las más altas instancias. Con sus prerrogativas a la hora de conceder y detentar la gracia, Dios rechaza todas las expectativas de igualdad en sentido social, a la vez que exige de los creyentes que, en su desigualdad, se conformen con que aparezca oscuramente una justicia superior. Sin este mayestático enigma de la justicia, el Dios cristiano desde sus inicios no habría sido más que un simulacro humanista. Un residuo de esta dimensión numinosa aún se deja sentir en los momentos irracionales del mercado del arte, en concreto cuando ensalza de manera incomprensible a unos y empuja a otros a la noche de lo invendible. Precisamente, era en el viejo orden donde también se consideraba que los mayores talentos desempeñaban funciones al servicio de Dios, funciones a las que sus portadores se entregaban con extremada fidelidad y en muy diligente servicio. En ellos se ponía de manifiesto cómo el servicio y la gracia llegaban al mismo punto. La cultura medieval era policarismática, tanto como la moderna es polipretenciosa.

En este punto quisiera llamar la atención sobre una consecuencia ineludible del moderno debilitamiento de las distinciones. La sociedad contemporánea no puede por menos que materializar escalas de valores, rangos y jerarquías en todos los posibles ámbitos. Como declarada sociedad de la competencia, ella no puede hacer otra cosa. No obstante, ella tiene que distribuir sus espacios desde premisas igualitarias –no tiene más remedio que suponer que los competidores parten de idénticas premisas–. Se cuen-

ta con que, tanto en los mercados como en los estadios, la distinción entre vencedores y perdedores no es testimonio ni origen de ninguna distinción esencial, sino sólo una lista de honor que siempre es susceptible de posible revisión.

Es aquí donde se anuncia un acto de fuerza psicopolítico sin parangón histórico: el intento de proteger a las masas móviles, envidiosas, impulsadas por la reivindicación de sus derechos y enfrascadas en la incesante tarea de competir por alcanzar los lugares privilegiados, de caer en las peligrosas depresiones de los perdedores. Si no existiera un esfuerzo constante encauzado hacia la compensación de los miembros en pugna, una sociedad compuesta de masas subjetivadas necesariamente se haría pedazos a causa de sus tensiones envidiosas endógenas. Ella estallaría a causa del odio de aquellos en quienes fracasa el procedimiento civilizador orientado a convertir a los vencidos no competitivos en perdedores competitivos. De ahí que en el marco de la sociedad moderna los deportes, la especulación financiera y, entre otras actividades, la empresa artística, se hayan convertido poco a poco en instancias reguladoras cada vez más relevantes en el ámbito psicosocial. Los estadios, la Bolsa y las galerías de arte constituyen los espacios donde en virtud de sus resultados se distribuyen los diversos competidores en busca de éxito, reconocimiento, e incluso algo más. Porque, pese a no lograr una posible reconciliación, estas distribuciones generan distinciones que ayudan a reducir el odio. No suprimen la envidia primaria, aunque la dotan de una forma a través de la cual puede canalizarse. Ellas legitiman la crítica como una discusión de los superados con los que se encuentran a la cabeza –la instancia más necesaria de ventilación social–. Estas distribuciones sirven también a la informalización del estatus y provocan la movilidad vertical de los sistemas sociales estratificados. Suprimen el pensamiento jerárquico de la vieja Europa y lo transforman en una suerte de *ranking* contemporáneo.



Peter Sloterdijk

En ninguna parte esta situación es tan deseable y, a la vez, tan arriesgada como en el llamado sector cultural y su dinámica empresarial. Deseable porque, en el contexto de las condiciones actuales, la novedad artística jamás pudo imaginar para sus interesados una acogida más favorable; y, pese a todo, peligrosa, porque el desvanecimiento de los criterios conduce a las artes cada vez más cerca de los umbrales del nihilismo y, con ello, a las propias obras, que en su gran mayoría no sólo surgen cerca de los límites de la basura sino que los superan. En efecto, lo que importa tanto en el moderno sistema artístico como, en líneas generales, en la democracia avanzada es eliminar la herencia

de la emotividad feudal, y sobre todo el sometimiento y la falsa loa; pero haciéndolo de tal manera que los sentimientos verticales, la sensibilidad para lo más elevado y profundo, lo más y menos valioso puedan aquí regenerarse discretamente en el marco de lo informal, así como reencarnarse de manera suficientemente fiel en medio de una situación de constante apertura a la novedad. Las apreciaciones de valor en torno a los fenómenos artísticos más sobresalientes o destacados en el marco de una situación democrática se realizan necesariamente de tal modo que se ignora la posibilidad de reclamación y la capacidad de objetivación. Con todo, perder el tacto en estas cuestiones implica disolver

Puede decirse que el llamado "proyecto de la Modernidad" es una de las empresas más sorprendentes que han podido observarse a lo largo de la historia

toda distinción y sentimiento de valor en general.

Desde este punto de vista, y más allá de la cuestión de su posible legitimidad, puede decirse que el llamado "proyecto de la Modernidad" es una de las empresas más sorprendentes que han podido observarse a lo largo de la historia de la humanidad. Un diagnóstico que también puede hacerse extensible, entre otras cosas, a la democracia cuando ésta apela a la discreción de sus componentes en un tono reivindicativo sin precedentes. Una discreción entendida en el doble sentido de la expresión; a saber, como capacidad de distinguir y como sentido del tacto, como sensibilidad para detectar las situaciones de rango no prescritas y como respeto a las ordenaciones informales de lo bueno y de lo menos bueno, teniendo siempre presente las necesidades igualitarias y los usos comparativos.

Es en este desplazamiento hacia lo informal donde cabe cifrar toda la aventura de la cultura bajo las condiciones modernas. Tanto en este punto como en otros, el mundo feudal y estamental podía regular sobre la mayoría de plumeros, blasones y asuntos de costumbres. En lo que a rangos y privilegios concernía, todo se exponía a la visibilidad y en la plaza pública. La cultura en la democracia vive de una heráldica invisible; presupone la disposición del ciudadano a reconocer de manera voluntaria tanto un potencial superior como la tentativa exitosa y la perseverancia en el esfuerzo. Mas esto es lo que también hoy "merece la pena" en el contexto cultural – ya no existe ninguna moneda objetiva, nin-

gún crédito que pudieran sentirse más seguros ante esta transvaloración, inflación y falsificación-. Tampoco se trata de que los artistas vivos más destacados se quejen formalmente de una sociedad que, según ellos, no hace justicia a sus producciones. Ellos todavía necesitan que el sistema de las discreciones informales, creciendo en el transcurso de decenios de paciencia y de incesante tensión artística, así como el conocimiento de los diferentes niveles y la sensibilidad en el matiz vuelvan a encarnarse de manera suficientemente viva en los futuros participantes en el juego cultural.

Es en este contexto donde recientemente han encontrado asilo de un modo preocupante –aunque, como ya se ha apuntado, viniendo desde tiempo atrás– ciertas faltas de tacto, salidas de tono, desenfrenos, groserías. En febrero de 1999, a raíz de una determinada situación de actualidad, hice referencia a esta situación² cuando intervine en la polémica en torno al "síntoma muniqués". Entonces sólo intentaba llamar la atención sobre la vieja cuestión de la dialéctica generacional y los efectos sensacionalistas bajo los que la gente de talento debutaba; de ahí que no tenga nada más que decir al respecto. Pero lo que entonces estaba en liza no es ya tanto un asunto que concierna al propio arte y a su dinámica rejuvenecedora y creadora de conflictos como a sus recientes formas empresariales, instrumentales y administrativas. Ellas pretenden que todos se conviertan en señores y así dejar de servir; los Leporellos que desempeñan servicios de orden público, ya sean informantes culturales u otros cargos, sólo están ya al servicio de sí mismos. Los *managers*, moderadores y recensionistas se sitúan casi por doquier en los primeros puestos en detrimento de los individuos creativos, cuando no se los agasaja como si fueran los auténticos creadores.

Observo en este odio cada vez más seguro de sí mismo contra las excepciones – las excepciones que siguen existiendo en el sentido antiguo del término– las huellas de

un rencor dirigido contra aquello que nunca podrá ser sustituido del mismo modo y que, justo por ello, se busca sustituirlo tan impulsiva e indecorosamente como se puede –porque sólo lo intercambiable cumple la norma de la indiferencia–; percibo así mismo las huellas de una desesperación perpleja y molesta ante la visión de aquello que evoca el reino perdido de la gracia. Aunque pueda parecer poco oportuno, tal vez se debería volver a decir lo siguiente: en el mundo surgido tras la gracia, el arte ha pasado a ser el asilo de las excepciones subsistentes. En el cielo occidental ha constituido el espacio en el que de vez en cuando ha surgido una estrella bailarina. ¿A quién puede sorprender, tras el análisis que aquí hemos desarrollado, que la cultura unidimensional que se cierne con resolución sobre nosotros, que sólo puede permitir diferencias arbitrarias ante el trasfondo de lo indistinto, se disponga ahora, en esta ilimitada y postrera campaña, a asestar sus próximos golpes contra lo extraordinario?

Queridas damas y caballeros:

Emile Cioran tituló un volumen de ensayos sobre autores antiguos y del siglo veinte bajo el nombre de *Exercices d'admiration*. He de confesar que no conozco ninguna expresión que pudiera expresar mejor la función de un trabajador cultural de nuestra época que esta concisa, modesta e inteligente fórmula. Una locución

–“ejercicios de admiración”– que, en efecto, en relación con todo lo que yo aquí entiendo como cultura, llama la atención sobre un esfuerzo que, poniendo en práctica medidas relativas a la capacidad de admiración, se orienta a no perder por completo la altura de lo excelso. Esta admiración encauzada hacia objetos concede también asilo a ese talento con el que no nos identificamos. Se trata de un sufrimiento voluntario por obras que, aunque tuviéramos la oportunidad de vivir treinta y seis vidas, ni siquiera podríamos ser capaces de producir. Es esta admiración la que nos abre al resplandor de la gran diferencia ineluctable. Con todo, representa lo contrario de esa crítica que, ubicada de un modo totalitario en un punto central, no elogia más que lo que allí encuentra. Sea como fuere, habría también que extender la expresión de Cioran a los ejercicios de provocación. Pues sólo a través de la provocación surgen posibilidades de no seguir desmoralizándose.

La cultura, en el sentido normativo que, hoy más que nunca, se hace necesario evocar, constituye el conjunto de tentativas encaminadas a provocar a la masa que está dentro de nosotros y a tomar partido contra ella. Ella encierra una diferencia hacia lo mejor que, como todas las distinciones relevantes, sólo existe cada vez que –y mientras– se hace.

- 1 Theodor W. ADORNO. *Dialéctica de la ilustración*. Madrid, Trotta, 1992.
- 2 *Süddeutsche Zeitung*, nº 15 (febrero 1999).